

P. ANTONIO TEMBRA:
MAESTRO CON CARISMA DEL HUMANISMO FRANCISCANO

Introducción

En primer lugar, expresar mi agradecimiento a los organizadores de este acto por haberme confiado la ponencia sobre el P. Antonio Tembra Gómez, con motivo del Xº aniversario de su fallecimiento, honor que no merezco, porque me siento complacido y dichoso por el mero hecho de haberle disfrutado como discípulo. Para mí el P. Tembra fue un maestro singular que reconoceré y valoraré siempre, como estoy seguro ocurre a otros compañeros que lo tuvimos en este Seminario franciscano de San Antonio de Herbón y en el convento de Canedo-Ponteareas o Santiago.

Muchos años después de haber dejado la vida religiosa, exactamente en el verano de 1999, con motivo de mi peregrinación a Santiago de Compostela, me desplazé hasta este mismo convento de Herbón y me reencontré con el P. Tembra, cuando ya le aquejaban los malestares corporales, según me comentó.

En nuestra entrevista no cumplimos ningún protocolo más allá del trato cordial y amable entre dos antiguos amigos, que hubiéramos estado juntos conviviendo y departiendo como hacíamos antaño.

- Qué tal te va en la vida, - me preguntó Tembra.
 - Cómo está, Padre, - le pregunté yo a su vez.
- Y empezamos a hablar de lo primero que surgió.

Recuerdo que nos sentamos en la parte de atrás de la huerta – zona del Cardenal - donde estaba la plantación de kiwuis. El me hizo una exposición detallada acerca de las características de esta planta y sus virtudes dietéticas Paseamos un poco y entramos en el refectorio de los frailes. Se dirigió a la despensa y sacó un par de

botellas de vino que me regaló, advirtiéndome que eran de su propia cosecha. Me acompañó hasta la portería y nos despedimos. No me hago a la idea de que aquella fue una despedida hasta siempre.

En la esquila mortuoria publicada el día de su funeral pude leer “Muriendo en Tí es como nacemos a la vida eterna”, que se corresponde con la última frase de la oración más conocida de San Francisco de Asís (“Señor, hazme un instrumento de tu paz”), la cual sintetiza de manera exacta la vida del P. Tembra. Él estaba convencido de que la existencia humana tenía un principio y un final. Por eso “apoyamos nuestra vida en los valores evangélicos, que dan el sentido trascendente a lo terrenal”. Estoy seguro que Tembra hizo en la tierra méritos más que suficientes para alcanzar la plenitud del ser.

1. Perfil profesiográfico

Conocí al P. Tembra en los años 60.

De lo recordado a partir de nuestras conversaciones en Canedo- Pontearreas, debo reseñar que Tembra fue a Roma para formarse en Pedagogía y Psicología. Con frecuencia él mencionaba a Agostino Gemelli (1878 – 1959), franciscano italiano que gozaba de gran prestigio en Psicología experimental, especialmente. Le entusiasmaba hablar de Gemelli, haciendo gala ante mí de ser un buen discente del psicólogo italiano.

Desiderio, Feliciano, Francisco, José Mercier (Braine-l'Alleud, 21 de noviembre de 1851 - Bruselas, 23 de junio de 1926), conocido como cardenal Mercier, fue otro pensador influyente en la formación pedagógica y pastoral de Tembra. Combinó la fe con la ciencia e impulsó el papel de los católicos en la vida cultural, los asuntos académicos y la política, durante el papado de Pío XI. (Mangoni, 1986; Miccoli, 2004; Cosmacini, 1985, p.102-120). Tal iniciativa era compartida por Gemelli en el marco de la Filosofía neo-escolástica.

También hay una coincidencia en el tiempo con las ideas difundidas por Georges Lemaître (belga: 1894 – 1966), un sacerdote científico, y viceversa, considerado el padre de las teorías actuales sobre el origen del universo. En la Universidad de Lovaina se dedicó a las matemáticas y la física, pero no disminuyó su empeño de hacerse sacerdote, según había dicho ya a sus padres desde pequeño.

Tempra participaba de la creencia y el convencimiento de que tanto la fe como la ciencia son caminos paralelos para llegar a la verdad. En el blog dedicado a G. Lemaître hay un artículo de Eduardo Riaza, Pablo de Felipe y Antoine Bret en el que explican por qué no debe plantearse conflicto entre ambas. Estos autores opinan que “el teólogo que escucha las conclusiones del conocimiento científico está en mejores condiciones de dar razón de su fe. A su vez el científico que conoce la articulación de la fe tiene los horizontes del conocimiento mucho más despejados”.

Me consta que Tempra, además, practicó la pastoral juvenil promovida por el obispo húngaro Tihamér Tóth (Szolnok, 14 de enero 1889 – Budapest, 05 de mayo 1939) y se inspiró en sus obras, de gran valor humano y pedagógico para los jóvenes y estudiantes. Entre nuestras lecturas del autor, aún recuerdo las tituladas: “el joven de carácter”, “energía y pureza” o “el joven y Cristo”.

He de hacer constar, asimismo, que en los años sesenta se celebró en Roma el Concilio Vaticano II, uno de los acontecimientos más importantes del siglo XX no solo para la Iglesia universal y sus fieles, sino para el mundo en general, debido al impacto e influencia de las diversas esferas sociales, culturales y políticas de la sociedad. El diálogo, la apertura y la actualización fueron los conceptos dominantes. El resultado fue una serie de cambios sustanciales, entre otras, las formas de anunciar el Evangelio al mundo moderno y el reforzamiento del quehacer laico en la iglesia.

Precisamente la vida seráfica se fundamenta en la “observancia del santo Evangelio. Hay que seguir a Jesucristo, a ejemplo de San Francisco, observando sus preceptos y consejos, negándose a sí mismo como cada cual ha prometido al Señor”. Estos valores evangélico-franciscanos se practican en fraternidad como término de encuentro y acogida, humildad y solidaridad, a través de las cuales los hermanos elegidos comparten el gozo de la llamada.

No hay que olvidar, en ningún momento, que para Tembra la enseñanza franciscana constituía el núcleo medular de la carrera religiosa, a lo largo de la cual adquirió amplia formación humanista desde las coordenadas tomistas y aristotélicas, imbuidas de una auténtica espiritualidad ejemplificadas en Buenaventura y Duns Escoto.

Lo comentado son recuerdos evocados de aquellos paseos que hacía con el P. Tembra en la atardecida estival, por el sendero de la alameda que ocupaba la mayor parte del recinto conventual, envueltos por el aire caliente con aroma de eucalipto, donde fui descubriendo mi vocación por la Psicología, llegando a ser esta ciencia el leitmotiv de mi vida profesional. No dudo en sostener que ello fue posible gracias al estímulo y aliento impulsados por mi carismático maestro P. Tembra.

Para mi lo más representativo y sobresaliente de la vida del P. Tembra es la meritoria y admirable labor como maestro, en lo que me centraré a continuación.

2. Maestro con carisma del humanismo franciscano

Un maestro con carisma es el que vive lo que deben aprender los demás. La grandeza del P. Tembra consistía en que él era el primero en cumplir sus propias enseñanzas. Sirvan como ejemplo estos datos: Durante un tiempo nos colocamos cilicios en los brazos y Tembra los llevaba puestos, además, por el cuerpo, a la altura de la cintura. La lectura de buenos libros, incluidos los de espiritualidad, eran intercambiados y motivo de conversación entre nosotros.

De esta forma, el buen maestro ejerce autoridad con su sabiduría y testimonio de vida puestos al servicio de los demás. Aprender no es solo una función intelectual de aprendizaje, sino sobre todo una relación personal profunda, contribuyendo de esta forma a desarrollar las diversas potencialidades de cada alumno por influencia del profesor, al

mismo tiempo que aprende por sí mismo guiado por el ejemplo de su maestro. Este tipo de relación personal/afectiva entre maestro y discípulo necesita de cercanía, empatía y asertividad a través de conversaciones fluidas en el momento y el entorno adecuados, preservando siempre la dignidad de ambos y el respeto mutuo (maestro y discípulo), con un tacto y especial cuidado en las formas, ya que en dicha relación casi siempre cada discípulo y su maestro están en presencia de otros en espacios compartidos.

Las cualidades de un maestro carismático van más allá de sus conocimientos y de su experiencia contrastada. El liderazgo debe estar basado en valores no cuantificables a base de títulos, ni tampoco con plantillas estándar a la medida de los responsables. El liderazgo de quién se dedica a “enseñar a aprender” se palpa en:

- Su especial sensibilidad humana.
- Su estabilidad emocional.
- Su afabilidad.
- Su optimismo y positividad.
- Su pericia para captar los estados de ánimo, sin ser invasivo.
- Su capacidad de escucha y cordialidad
- Su gran humildad y sencillez.
- Su acogida cariñosa sin ser demasiado afectuoso.

Cualidades todas ellas que fueron santo y seña del P. Tembra

Como he señalado, Tembra había adquirido una formación humanista importante, pues reunía suficiente conocimiento para comprender mejor el mundo, apropiarse de una educación estética, conjuntamente con la afinación de la sensibilidad, y la preeminencia de las cualidades morales y éticas. Entendiendo, por consiguiente, que su talante magisterial se fundamentaba en el respeto personal, la preocupación por el bienestar de sus discípulos y por su desarrollo integral.

Creo con toda honestidad y buena fe que, entre los objetivos prioritarios del P. Tembra en su condición de maestro de aspirantes al sacerdocio religioso, estaba sobretodo el hacer de nosotros personas íntegras y, por tanto, debía formar para la vida, de manera que, por ejemplo, la religión per se no hiciera de los estudiantes un conjunto de almas en

pena, ni creyentes aferrados a una fe desencarnada de las necesidades y sufrimientos más terrenales y perentorios, comunes entre los seres humanos. Por esto mismo, como una respuesta crítica a la situación, en algunas ocasiones, hizo propuestas de difícil comprensión y aceptación por parte de la cúpula oficial franciscana.

Quiero resaltar aquí que la propuesta educativa del maestro Tembra, ya estaba reconocida entonces como “pedagogía de la humanización”, cuyo lema podría resumirse en “formar seres humanos con responsabilidad social, con inteligencia emocional o pensamiento social y madurez mental”, como expone el científico franciscano José Antonio Merino, interpretando la propuesta del pensamiento complejo de Edgar Morin. Quiero señalar, asimismo, que poner el énfasis en la dimensión afectiva no merma la dimensión racional, ni contraviene el ámbito espiritual y trascendente de la persona.

En el conjunto de los humanismos conocidos existe uno que lleva permaneciendo ya ocho siglos, renovándose constantemente gracias a la fuente de donde brota: Francisco de Asís. El franciscanismo y su profunda experiencia humana y religiosa, a partir de la cual se ha fundado una forma particular de reconocer al ser humano, de valorar sus potencialidades y, especialmente desde el ámbito creyente, una forma siempre nueva de relación con el Dios Trino (Padre, Hijo y Espíritu Santo). Ciertamente, para facilitar la comprensión de este horizonte, se hace necesario ir al contexto de la antropología teológica cristiana, desde donde se dilucida la pregunta del ser humano sobre sí mismo, por la necesidad de su apertura a la divinidad y su relación directa con Cristo y, finalmente, la pregunta que no puede faltar sobre el ser humano en relación.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el talante del humanismo franciscano es actual, plural, dialógico, creativo y, por tanto, plenamente humano, de ahí dimana la centralidad de la persona. Por lo mismo, los pilares religiosos y creyentes que están en la base de este talante, no niegan lo “profano” si no que la diferencia esencial (ni siquiera lo no creyente), proviene de la capacidad de relacionarse o relacionabilidad (distinto a sociabilidad), la cual prevalece en todos los ámbitos.

El hombre franciscano, en suma, “es una tensión indefinida e infinita hacia una síntesis deseada, pero aún no lograda”. De esta manera tan acertada lo explica el científico franciscano Jose Antonio Merino (de Quintanaluengos, provincia de Palencia, 1938). Las citas entrecuilladas de este apartado pertenecen a este autor. Si a ello añadimos que la formación teológica estaba orientada a superar el riesgo de caer en discursos reduccionistas, que distorsionan la visión de la totalidad, es necesario acometer un apropiado conocimiento de los elementos que constituyen la cultura contemporánea.

De ahí que la propuesta educativo-religiosa de Tembra fuera entrar en diálogo con la cultura vigente teniendo en cuenta, como valores a respetar y defender: "la prioridad de la ética sobre la técnica, la primacía de la persona sobre las cosas, la superioridad del espíritu sobre la materia" (GS 61). Es decir, la Teología hay que enseñarla de modo significativo, para no convertirla en fórmulas incompresibles para los alumnos, algo en lo que él fue un maestro singular.

Bibliografía de este apartado: Joseph Ratzinger, *Op. Cit.*, 98360 José Antonio Merino, *Humanismo Franciscano: franciscanismo y mundo actual, Op. Cit.*, 41.361 Joseph Ratzinger, *Op. Cit.*, 86.362 José Antonio Merino, *Humanismo Franciscano: franciscanismo y mundo actual, Op. Cit.*, 25.363 José Antonio Merino, «Escoto y la ecología», *Selecciones de franciscanismo* 113, (2009): 269. Para Merino las relaciones aquí esbozadas se fundan en la vida y se manifiestan «con el otro, con la comunidad, con las cosas, con la historia y con Dios». José Antonio Merino, *Humanismo Franciscano: franciscanismo y mundo actual, Op. Cit.*, 30. Igualmente, en el desarrollo de la “singularidad”, debemos resaltar de manera especial la obra de Duns Scoto y Guillermo de Ockham. Cf. José Antonio Merino, *Historia de la Filosofía franciscana* (Madrid: BAC, 1993), 204 y ss.; 288 y ss.364 José Antonio Merino, *Humanismo Franciscano: franciscanismo y mundo actual, Op. Cit.*, 45.

5. Epílogo

En este último apartado, a modo de epílogo, quiero desvelar y justificar por qué el P. Antonio Tembra fue un maestro con carisma del humanismo franciscano. Todavía conservo apuntes de las clases que impartía sobre Psicología y Pedagogía, durante el bienio de filosofía cursado en Canedo- Pontearas.

Algunos ejemplos:

1) Sobre la vida interior explicaba que “cualquier pensamiento acompañado de movimiento repercute en el organismo (ej. Cuerdas vocales). Ninguna parte de la vida interior está encerrada, si no que se manifiesta de algún modo. Está integrada por sensaciones, emociones, pasiones y pensamientos. No se concibe vida interior sin influir la lo fisiológico. Concluye diciendo que la “vida interna es cognoscible por introspección. El subjetivismo no lo podemos rechazar, pues sin la intención lo externo no vale nada. El objeto de la Psicología sería “el hombre en situación”.

2) El acto que nos desdobra es un interlocutor que nos dice lo que somos. Toda conciencia está obligada a jugar una suerte de comedia, por lo que el yo no deja escaparse de sí mismo”.

3) Su idea de educación la encontramos en la definición de Zavalloni: es lograr en el educando el recto uso de la libertad. El fundamento de toda obra educativa es la práctica o el ejercicio, pero con ejercicio sólo se hace instrucción de la que hoy se peca en exceso. Las condiciones que exige la educación son: Respetar las leyes de la naturaleza, o sea del sujeto educando, y partir del potencial actual del sujeto o su capacidad, si no no es educativo. El bien educado no sólo es el que posee conocimiento si no control de sí mismo en el plano interno (dominio de si) y externo (ajustarse a ordenanzas y normas externas).

4) Si no se admite la autoridad (personalidad más instruida que nosotros) no puede haber educación. La sumisión exige confianza, humildad, voluntad de conformidad y carácter (que es la personalidad formada incluida la faceta cultural). A mayor libertad mayor obediencia, y viceversa.

5) Un ejemplo de autenticidad personal en Tembra puede colegirse de su explicación sobre “dificultades de hablar a otros: dar consejitos sin saber de qué se trata y fingir lo que no se es. Cuyos efectos son: sentirse infeliz ante problemas sin resolver; a veces se llega al borde de la fatiga física; huir hacia un paraíso fantástico; imponer un orden exagerado y desproporcionado; desajuste social porque le intriga un problema. Para salir de la situación debe quererlo el interesado, siendo las actitudes más frecuentes ante un problema no resuelto: rechazarse a sí mismo; rebelarse

contra las limitaciones o hacer hipercrítica con el consiguiente disgusto de sí mismo.

6) Sobre la adolescencia pensaba lo siguiente: “La adolescencia puede ser privada de libertad externa, pero nunca debe de ser privada de la libertad interna. Hay que saber aceptar la tendencia de afirmar la propia personalidad, pues es una necesidad natural, de lo contrario se desprestigiaría la personalidad hasta anularla. Se dice que la adolescencia es una edad ingrata, pero es falso. Estoy más de acuerdo con que es la edad de la generosidad. Deben unirse libertad y autoridad, y aceptarse mutuamente, pues hay que corregir pero también hay que dejar libertad al individuo. Si el superior se hace indispensable queda menguada la responsabilidad y dañada la personalidad del adolescente. Hay que habituarse a la suficiencia sin excederse. Mostrarse desinteresado pero sin indiferencia por parte del superior. La actitud correcta debe ser permanecer al lado del adolescente sin vigilarlo, pero sí cuidándose de él”.

Creo que son suficientes muestras del talante educativo y magisterial del P. Tembra, que la mayoría de nosotros reconocemos practicaba y de ahí el grato y positivo recuerdo que conservamos de su persona y su carisma religioso.

Una anécdota recordada por algunos estudiantes, discípulos de Tembra en el convento de Herbón, es que a veces administraba tests psicotécnicos, como: el D-48, PF-16, tests de relatos, así como otras pruebas para orientación psicopedagógica y técnicas proyectivas a través de las cuales se puede analizar el carácter/personalidad y la inteligencia. A nadie se le pasaba por la cabeza que de ahí sacara más información que practicar sobre sus estudios cursados en Roma. P. Tembra nunca utilizó realmente esos resultados para conocer aspectos personales íntimos o inconfesables de los estudiantes.

Algunas manifestaciones de ex-compañeros y condiscípulos se han expresado ya, pero debo añadir el testimonio explícito de Andrés Láiz:

Quién me comentaba no hace mucho tiempo que “Tembra fue una persona tan especial en los años de su magisterio, que la misma vida conventual experimentó una apertura desconocida en la pastoral religiosa, incidiendo sobretodo en la inmersión de los coristas entre la población civil, para dar testimonio vivo y directo del evangelio”.

También participa de este criterio Jesús Rojo, añadiendo que “Tempra tenía un magnetismo amable hacia sus interlocutores, sabiendo en todo momento cómo desarrollar la conversación y guiándola sin forzar en ningún momento la voluntad de la otra persona. Ambos fueron discípulos de Tempra en Herbón, Pontearcas y Santiago junto con Lista, José González, y algunos más aquí presentes.

Como conclusión de la ponencia, debo señalar que los apuntes tomados en las clases impartidas por Tempra – que he releído con el máximo interés en diferentes ocasiones -, me permiten afirmar que él entendía “la condición del apostolado íntegro” como una “renuncia absoluta a cuanto no sea Dios, y el medio de cumplir la misión apostólica es seguir a Jesús incondicionalmente hasta la inmolación (...). Esta transformación se culmina tras un largo proceso en que interviene la gracia con nuestra correspondencia y fidelidad, de modo que el alma sacerdotal se halla al fin asentada en el firmísimo polo de la total transformación en Cristo, sacerdote y víctima”. (Tomado del artº “la fraternidad sacerdotal de amigos de Jesús, del Cardenal Mercier (1926 -1951), escrito por José Ignacio Tellechea).

Esta es mi exposición del maestro con carisma del humanismo franciscano, P. Antonio Tempra Gómez, con quién tuve el privilegio de convivir una etapa importante de mi vida y la suerte de haberlo conocido, también, en el plano humano y religioso. El respetó como nadie las distintas formas de vivir sin menoscabar en ningún momento la valentía de valorar la suya propia.

J. Donoso Valdivieso Pastor

Herbón, 28 de septiembre de 2019